

REPÚBLICA DE CHILE



# DIARIO DE SESIONES DEL SENADO

PUBLICACIÓN OFICIAL

LEGISLATURA 333<sup>a</sup>, ORDINARIA

Sesión 22<sup>a</sup>, en martes 30 de julio de 1996

Ordinaria

HOMENAJE EN MEMORIA DE EX SENADOR  
SEÑOR RAÚL AMPUERO DÍAZ

APARTADO

## HOMENAJE EN MEMORIA DE EX SENADOR SEÑOR RAÚL AMPUERO DÍAZ

El señor DÍEZ (Presidente).— Señores Senadores, familiares y amigos de don Raúl Ampuero:

En mi calidad de Presidente del Senado, cumplo hoy con el triste deber de rendir homenaje en memoria del ex Parlamentario y hombre público que fuera don Raúl Ampuero Díaz.

Raúl Ampuero fue un ser de excepción. De marcado racionalismo en lo intelectual; de palabra rigurosa y apasionada, expresiva de su sentir y pensar; de intachable moralidad y de austero actuar político. Ello le llevó siempre a desechar la superficial improvisación y el fácil recurso de la demagogia.

Exigente consigo mismo y con los demás, su vida en nuestro medio fue ejemplar. Admirado tanto por sus compañeros de partido como por sus adversarios, quienes le demostraron siempre una profunda atención y respeto a sus ideas.

Nacido en Ancud en 1917, realizó sus estudios en el liceo de esta ciudad, prosiguiendo, después, la carrera de Derecho en la Universidad de Chile, en la que se tituló, con nota distinguida, en 1944.

Muy joven ingresó al socialismo, y en 1934 fue uno de los fundadores de la Juventud del Partido Socialista, siendo nombrado Secretario General de la misma en 1938. Ya entonces destacaba por su inteligencia, seriedad y capacidad de liderazgo.

Sus cualidades de sana rebeldía dialéctica y acendrada fuerza ideológica le permiten ser postulado por sus partidarios en la lucha al cargo de Secretario General del Partido Socialista Popular, asumiendo esa jefatura máxima el año 1946, cargo en el que fuera reelegido en el Vigésimo Congreso de esa colectividad.

Fue elegido Senador por el período 1953-1961 por la Primera Agrupación Provincial de Tarapacá y Antofagasta, y reelegido por las mismas regiones por el período 1961-1969.

En el Senado, Raúl Ampuero se destacó por sus firmes debates ideológicos, siendo un orador brillante que explicaba y defendía cabal y vehementemente sus ideas políticas.

Se caracterizó como un muy eficiente y activo Parlamentario, otorgando su atención e interés a los problemas que aquejaban tanto al país como a su zona. Conocedor profundo de la economía y de la sociología, supo dedicarse eficazmente a esas materias. Su pasada experiencia como Ayudante del Seminario de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, junto a su práctica senatorial, le hacen desempeñar un papel relevante en las Comisiones de Economía y de Defensa de esta Alta Corporación.

Su preocupación parlamentaria se manifestó preferentemente por la labor fiscalizadora del Congreso Nacional; el análisis periódico de la política económica y financiera del Gobierno, y por materias laborales, sindicales, reforma agraria, normas sobre el fomento de las exportaciones, creación del Ministerio de la Vivienda y Urbanismo, etcétera.

En materia internacional, Raúl Ampuero siempre expresó con claridad su solidaridad con situaciones ocurridas en otras latitudes, cualesquiera que fueren el origen o signo político de ellas.

Muchos de nosotros le recordamos en esa época por su trato correcto, franco y afable, reconociéndole como uno de los mejores entre sus pares.

Raúl Ampuero no aceptó la definición de marxista leninista que se dio al Partido Socialista en el Congreso de Chillán, en 1964, mostrándose abiertamente contrario a la alianza con el Partido Comunista. Por ello se margina del Partido Socialista y funda la Unión Socialista Popular, USOPO. En 1969 vertió su pensamiento en el libro "La Izquierda en Punto Muerto".

Raúl Ampuero fue un idealista y un revolucionario, de sosegado y práctico cálculo. Para él, el socialismo como programa, como idea, no era ni debía ser una utopía, sino una respuesta pragmática y actual a las inquietudes vivas y profundas de una sociedad como era la nuestra en esa época: pobre y dividida. Él creía entonces que el capitalismo era un sistema decrepito antes de haber madurado.

Su pensamiento no sólo fue auténticamente nacional, sino latinoamericano. Desde su perspectiva, y durante toda su vida, luchó por el mejoramiento de las condiciones y niveles de vida de la población, atendiendo a su libertad, seguridad, justicia, cultura y mejor distribución de los ingresos. Sustentó, asimismo, la participación ciudadana de los diversos elementos integradores de la sociedad.

A partir de 1974, residió durante 15 años en Italia. Allí fue profesor de historia latinoamericana en la Universidad de Sassari. A su regreso al país, en 1993, y demostrando su constante preocupación por las diferencias internas de su partido, colabora en la creación del documento "Proyecto Socialista para el Nuevo Milenio".

Esta connotada personalidad, que también tuvo entre sus pares a Eugenio González, formó a varias generaciones socialistas, las que lo recuerdan agradecida y emocionadamente por su honestidad y consecuencia política. Su legado de sencillez y probidad no lo es solamente para sus partidarios y seguidores, sino para todos los hombres de bien, cuya vocación es servir a los demás.

A través de estas sencillas palabras, he querido recordar a un ser humano verdaderamente notable, entregado como el que más a cumplir el bien común y el interés nacional, con sus históricas cualidades de coraje, juicio, integridad y dedicación.

He dicho.

Tiene la palabra el Senador señor Núñez.

El señor NÚÑEZ.— Señor Presidente, hace algunos días, la muerte obligó a Raúl Ampuero Díaz, chileno, socialista y ex Senador de la República, a dejar la vida. Un terco y definitivo soplo fue lentamente apagando su existencia y minando sus últimas fuerzas físicas. Su mirada llena de energía se apagó para siempre el jueves 11 de julio, es decir hace 19 días.

En ocasiones como ésta, en que la emoción tiende a emparar la realidad, evocar en este Hemiciclo los hechos vitales de una persona tan ligada a él tiene la enorme virtud de reafirmarnos en la certitud de que los seres dotados de fuerza intelectual y moral, al tiempo que rectos y sabios en su tránsito vital, como lo fuera Raúl Ampuero, hunden siempre profundo el filo de sus vidas en la historia que se plasma más acá de la imaginación.

En efecto, cuando se acude a la memoria de aquellos que lo conocieron, sea como Senador, sea como dirigente político, o simplemente como padre o esposo, se halla una sorprendente y reiterada afirmación: Ampuero, claro y profundo en el pensar; Ampuero, sobrio y honesto en el actuar. Extraña pero admirable sintonía para referirse a un político de la talla de este chilote socialista que desde aquel rincón de Chile vino a la Capital en busca de la ciencia y la filosofía, cuando tenía 16 años. Extraña, digo, porque, en la historia controversial de este siglo, en nuestro país pocos son los hombres públicos que han logrado tan elevado y unánime reconocimiento.

La historia escrita, aquella que queda grabada en crónicas, editoriales o discursos, refleja igualmente una sorprendente y común percepción de la personalidad política de Raúl Ampuero. El desaparecido diario El Clarín, con cuyo director, Darío Saint Marie, tendría posteriormente una ácida disputa, señaló en un editorial de 1961 lo siguiente: "Raúl Ampuero es de los políticos que, sin alarde de ningún orden, pueden dar una de las lecciones más saludables de austeridad en la vida política nacional."

Baltazar Castro, ex Senador por O'Higgins y Colchagua, y personaje de aquellos que supieron deslumbrar por su carisma político y brillo literario, haciendo gala de tal virtud, decía: "En mi otear hacia el pasado, encuentro a Raúl Ampuero enjuto, apretado de carne y de conceptos. Pareciera que cada gramo de peso en el organismo corresponde al concepto justo que ha de deslizarse en la polémica o en la frase elocuente para explicar a las masas el meollo de su ideario."

El mismo ex Senador escribía en el diario La Tercera: "La política, por obra de Ampuero, consigue transformarse en una suerte de torbellino que alcanza fresca, pletórica, a remover las herrumbrosas estructuras de los partidos, que se anquilosan en una gimnasia de transacciones, manifiestos repetidos, y agitar de campanillas con badajos afónicos."

Y es cierto, rigurosamente cierto lo escrito, lo dicho o recordado.

Quienes tuvimos el privilegio de conocerlo cuando era uno de los líderes más indiscutidos del socialismo chileno, podemos corroborarlo con la certeza de no faltar un ápice a la verdad. Desde que en la década de los 30 asumiera la dirección máxima de la Federación Juvenil Socialista, hasta que, en virtud de su perseverancia y talento, llegara a ocupar las más elevadas responsabilidades del Partido Socialista, un halo de reconocimiento, que sobrepasó vehemencias y

desencuentros, se irguió siempre en torno a su figura.

Ampuero, como ya lo sabemos con pesar, nos ha dejado. Pero de la memoria escrita del Senado surge una obra que tiene, además de contenido y trascendencia, la inmensa cualidad de revelarnos el sentido último que reviste la condición de servidor público.

Durante su larga trayectoria parlamentaria, este hombre que estudió Derecho en la Universidad de Chile, graduándose en 1944, se distinguió como Presidente de la Comisión de Defensa del Senado por su elevada concepción de las relaciones cívico-militares, así como por su esfuerzo por establecer una política de defensa nacional que pusiera en el centro el tema del fortalecimiento de nuestra soberanía.

Consecuente con lo anterior, se constituyó en varias oportunidades en nuestra posesión insular de Isla de Pascua, y fue el primer Senador que visitó nuestro territorio antártico. Esta visión de país, alimentada tal vez por su origen de hombre nacido en la Ancud de Chiloé un 19 de diciembre de 1917, lo llevó a pensar la Patria con prescindencia de la pequeñez de los combates intrascendentes en los que a menudo se mueve la coyuntura.

Ampuero era un legislador de excepción. Sus cualidades en esta actividad lo llevaron a presentar, durante los 16 años en que ocupó estas mismas bancas, un importante número de proyectos de ley referidos a materias que iban desde modificaciones al Código del Trabajo y leyes previsionales para que ciertas categorías de trabajadores accedieran a beneficios como la asignación familiar, e incorporación del personal de Fábricas y Maestranzas del Ejército al régimen previsional de la Caja de la Defensa Nacional, hasta mociones que creaban, por ejemplo, la Corporación de Fomento de la Marina Mercante Nacional, o el Centro de Investigaciones del Salitre y de la industria

Química del Norte. Todas estas iniciativas estaban invariablemente orientadas a resolver las duras e inaceptables injusticias de una sociedad que, como la nuestra, se balanceaba peligrosamente entre el populismo más extremo y las experiencias reformistas de izquierda, de centro o de derecha. Pertinaz como era, sus proyectos se encaminaban a paliar en algo los efectos de las crisis sociales que invariablemente provocaban las poco consistentes políticas económicas, influidas por el Fondo Monetario Internacional, que en aquel entonces más se debatía en el miedo que en la esperanza en los destinos de América Latina.

Consecuente con su acendrado patriotismo, pero convencido de su condición de preclaro socialista, nunca dejó de bregar, desde un sitio de nacionalismo responsable, para que Chile recuperara sus riquezas básicas, como el cobre, el hierro y el salitre. ¡Cuánto contrasta esta actitud con la que hoy tenemos los chilenos, que miramos impávidos cómo se llevan nuestros minerales, sin incorporarles valor agregado alguno, empresas extranjeras que dejan mucho menos riqueza que aquellas que ayer nacionalizamos!

Poseedor de una inmensa cualidad de orador incisivo y a veces mordaz, nunca se dejó llevar por la demagogia ni, menos, por el ataque personal y alevé. Sólo cuando sentía herido su orgullo o su dignidad personal fustigaba con argumentos implacables a quienes pudieren haberle inferido alguna ofensa o falseado maliciosamente sus opiniones.

Pero permítame, señor Presidente, volver a la semblanza del Ampuero hombre y militante del socialismo chileno.

Convencido, como estoy, de que la política es la actividad que más se parece a la vida misma, con sus grandes y maravillosas intuiciones y realizaciones, pero también con sus miserias y flaquezas, quiero señalar que Ampuero se desempeñó en ella

con una inmensa sabiduría, y al mismo tiempo con gran pasión. Atento al desarrollo contradictorio de nuestras sociedades, jamás se dejó llevar por el facilismo de las recetas totalizantes, pretenciosamente infalibles. Sus polémicas con otros partidos de la Izquierda chilena, particularmente con el Partido Comunista, signaron un momento de particular riqueza intelectual en el debate de ideas que por aquellos tiempos, ya lejanos, caracterizó el quehacer de la vida nacional.

Junto a Salvador Allende y a Eugenio González, en una conjunción a veces traumática, a veces contradictoria, fue de los que más bregaron para que en Chile se constituyera un Partido Socialista profundamente democrático, arraigado en nuestra propia realidad como nación y como pueblo. A diferencia de aquellos dirigentes de la Izquierda latinoamericana que vivían de los influjos incontrarrestables que provenían de la triunfal experiencia soviética, Ampuero, Allende y González sentían la obligación de poner su sabiduría e intelecto al servicio del desarrollo de un Partido que mantuviera la dirección que le dieran desde sus inicios hombres como Óscar Schnake, el Senador Eugenio Matte Hurtado o el Coronel Marmaduque Grove.

Ya en su largo y fatigante exilio en Italia, luego de haber atravesado por infamantes pasillos carcelarios, luchó sin eco por recuperar la democracia en Chile desde el vigor y pasión de sus ideas. Es más, convencido de la futilidad que las dramáticas circunstancias imponían a las diferencias del pasado, contribuyó decisivamente a superar todos aquellos episodios —amargos, por cierto, para la historia reciente del socialismo chileno— que provocaron un crucial distanciamiento entre él y Salvador Allende.

En medio de su actividad académica universitaria, se dio a la tarea de asumir con inquietud teórica todos los avatares en

los que se desenvolvía el socialismo contemporáneo. Con sentido de futuro, promovió la unidad de las diferentes corrientes en que, luego del golpe de Estado, se había dividido el socialismo histórico, así como el encuentro con aquellas vertientes de pensamiento progresistas que, estimuladas por el socialismo, buscaban una relación más estrecha de propósitos y objetivos.

Ampuero, no obstante la enfermedad que lo aquejaba, no dejó de ser un actor importante en las definiciones y reflexiones que el socialismo chileno ha emprendido durante estos últimos tiempos. Consecuente con las altas responsabilidades que ocupara en el Partido, desde su lecho de enfermo envió una carta al XXV Congreso, que se realizó hace pocos meses, en la cual, con su lucidez de siempre, a propósito de la elaboración de nuestro proyecto estratégico, señaló lo siguiente: "sólo una equilibrada combinación de principios fundamentales y de innovaciones razonables confirmará nuestra vigencia en las nuevas condiciones, como leales continuadores de ese pasado común y herederos de un patrimonio moral que otorga consistencia y credibilidad a nuestra acción".

En esa misma carta, Ampuero nos advertía: "Aun reconociendo que en ciertas áreas resulta ineludible, o mejor dicho, recomendable el régimen de mercado, consideramos que la acción del Estado más allá de las instituciones y servicios públicos, que son su ámbito tradicional, debe asumir iniciativas para impedir que los monopolios desvirtúen las normas de la competencia leal, por ejemplo, o que comprometan la seguridad o soberanía del país o se presen para manipular los precios en perjuicio del consumidor, o en fin, para impedir una sobreexplotación de los recursos no renovables".

Y concluyó señalando: "Creo que el panorama someramente esbozado bastaría para confiar en la vigencia del socialismo

como alternativa a una civilización que se ha olvidado del hombre".

Como ha dicho el señor Presidente, Raúl Ampuero era un hombre de excepción. Su talante de persona incorruptible ante el halago fácil y la ofrenda material lo hizo sobresalir en un medio como la política, donde este rasgo lucha permanentemente por prevalecer. Su herencia es muy sencilla; no tiene ni pomposidad ni oropeles. Su legado lo definió él mismo, en una sesión del Senado de 1966, cuando dijo: "dejaré a mis hijos una herencia magra: una casa vieja, un auto pequeño, algunos libros. Sin embargo, espero que ellos jamás tendrán que avergonzarse de un solo acto de mi vida."

Señor Presidente, estas palabras sólo han pretendido ser el reconocimiento objetivo a un Senador socialista consecuente y visionario. Al hacerlo en su persona, por cierto, lo estamos haciendo también en quienes fueron su sustento afectivo y espiritual. Me refiero especialmente a su esposa, doña Hilda Villagrán, aquí presente; a Hernán, Rodrigo y Jorge, sus hijos, quienes, desde el cariño, supieron acompañar a su padre en todo momento. Reciban ellos y familiares presentes las condolencias de los Senadores socialistas, que se sienten orgullosos de pertenecer a la misma bancada que él iluminara durante tantos años.

He dicho.

—(Aplausos en la Sala y en tribunas).

El señor DÍEZ (Presidente).— Tiene la palabra el Honorable señor Lavandero.

El señor LAVANDERO.— Señor Presidente, Honorables colegas, Senadores del Partido Socialista, familiares de don Raúl Ampuero:

Es bueno para un país recordar, aunque sea sólo a la hora de su muerte, a quienes durante toda su vida batallaron y lucharon con fuerza y con fe para crear una sociedad más justa, más honesta y limpia, cualquiera que haya sido la visión que guió sus pasos.

El Senador Raúl Ampuero formó parte

de ese pequeño grupo de personas que, teniendo talento creativo, constancia, inteligencia, prefirieron el camino difícil y duro del bien común, del desarrollo vigoroso de la clase trabajadora. Es la clase de políticos selectos que a través de la historia de Chile nos han dejado un buen ejemplo a seguir y una vara muy alta que superar.

Lo conocí personalmente. En ocasiones, fuimos adversarios. Pero, sin duda, fue un hombre más que excepcional: modesto, desapegado de la conquista del poder del dinero y de la vorágine del consumismo, inteligente, reservado; su palabra valía; consecuente y confiable.

Me parece oportuno, en medio de la liviandad con que se juzga hoy a los políticos y a la política, destacar a hombres que hicieron de su vida un ejemplo y de la política, la justicia social, la participación y la democracia, el norte profundo de su visión.

Hoy mucha gente está convencida de que la acción política es malsana, y de que los políticos, los Diputados y los Senadores, son perversos. Esto nace de la persistencia de algunos elementos que tienen influencias y dinero para socavar un sistema democrático que no les agrada. La forma de llevar adelante sus designios es desprestigiando, a como dé lugar, la vida y la honra de los políticos, a fin de demoler el único sistema representativo en que el hombre puede vivir y desarrollarse libremente, con respeto por sus derechos esenciales. Pero, cada tanto, surgen hombres como Raúl Ampuero, un socialista de corazón, que ponen en entredicho y desconcierto a ese pequeño pero poderoso grupo de personas que logra el dinero de manera fácil y rápida, pero que aún no logra convencer a las grandes mayorías nacionales, ni, menos, a quienes viven de un sueldo o son marginados sociales de ese mundo que crearon para sí mismos.

Lo que Raúl Ampuero tenía claro era la

necesidad de que las personas puedan seguir decidiendo sobre lo que es suyo. Pero, también, tenía muy claro que cuando había —y hay— que decidir sobre lo que es de todos, lo importante en una democracia es que el voto de cada cual pese lo mismo que cada cual vale como ciudadano.

Hoy conviene recordar estas ideas que sustentó, especialmente en un momento en que se levantan paradigmas, se crean barreras constitucionales y leyes orgánicas con el objeto de disminuir el peso de las mayorías para reivindicar lo que les corresponde, al amparo del lucro despiadado de sectores minoritarios.

Quiero rendir un homenaje a Raúl Ampuero, no sólo como demócrata cristiano, no sólo como su colega parlamentario, sino también como un humanista, o un hombre común y corriente, para que él sirva de guía a tantos jóvenes que se sintieron llamados por vocación a transitar por el áspero y difícil camino que significa servir desinteresadamente a los demás.

En nombre de los Senadores demócrata cristianos, a su familia y al Partido Socialista, nuestra admiración y respeto por el maravilloso ejemplo de vida y consecuencia que nos deja el Senador Raúl Ampuero.

He dicho.

—(Aplausos en la Sala y en tribunas).

El señor DÍEZ (Presidente).— Tiene la palabra el Senador señor Muñoz Barra.

El señor MUÑOZ BARRA.— Señor Presidente, don Raúl Ampuero Díaz nació en Ancud el 19 de diciembre de 1917. En la lejana Isla de Chiloé conoció desde niño la pobreza del campesino estoico que, bajo las inclemencias del tiempo, trabajaba la tierra en explotaciones de subsistencia.

En Ancud cursó sus estudios primarios y secundarios. A continuación se trasladó a Santiago para seguir la carrera de Derecho, graduándose de abogado en 1944. Su memoria, no en balde, llevó el sello de su

preocupación por los trabajadores; se tituló "Contribución a la reforma de la legislación de los accidentes del trabajo".

Desde muy joven demostró grandes dotes de liderazgo, pero de un liderazgo reflexivo, propio del intelectual revolucionario. Preocupado por las injusticias sociales, su vocación de luchador lo llevó a involucrarse activamente en la política al lado de los proletarios, es decir, de aquellos que como único bien tienen a su prole.

Recibió desde muy temprano el influjo del pensamiento marxista, que entendió como un cuerpo de conceptos y categorías filosóficas, sociológicas y económicas que permitían interpretar un mundo marcado por las injusticias sociales y las desigualdades económicas. Fiel al auténtico legado de Carlos Marx, concibió el marxismo no como un dogma, sino como una guía para la acción; no como un conjunto acabado de ideas, sino fundamentalmente como un método que permitía su propio desarrollo teórico y su aplicación a una realidad socio-cultural distinta a la europea, donde nació el marxismo, como lo es la chilena y la latinoamericana.

También Ampuero comprendió desde muy joven que las luchas políticas requieren de una organización, es decir, de un Partido que, interpretando los intereses de los sectores más empobrecidos, les dé perspectivas de éxito en la confrontación por el poder político.

Su reflexión crítica lo llevó a no incorporarse al Partido Comunista chileno, sino que a vincularse a las filas del recién fundado Partido Socialista, del cual fue uno de los jóvenes llenos de ideales que en 1934 crearon la Juventud Socialista.

Su ascenso en el Partido —como recordaremos— fue rápido. Ocupó la secretaría general de la Juventud Socialista, y en 1946, cuando sólo contaba con 28 años, fue elegido secretario general de esa colectividad política, cargo que desempeñó en va-

rias ocasiones, hasta perderlo definitivamente a mediados de los sesenta frente a la candidatura de otro futuro Senador de su Partido: Aniceto Rodríguez Arenas.

Su aporte al ideario socialista chileno fue fundamental. Podemos afirmar con certeza, señores Senadores, que Raúl Ampuero fue uno de los más notables ideólogos del socialismo chileno. Junto a destacados correligionarios suyos, como Eugenio González, Salvador Allende, Clodomiro Almeyda y Aniceto Rodríguez, dio perfiles propios a un partido marxista que se enraizó en la realidad nacional, interpretándola y asumiendo el papel de liderazgo en los sectores sociales más postergados. Prueba de lo que afirmo es la definición estratégica del Frente de Trabajadores, aporte criollo a la concepción de desarrollo del socialismo chileno expresado en la constitución de un frente de clases para confrontar, en la lucha política, a quienes tienen el poder del capital nacional vinculado al capital transnacional.

Otra elaboración teórica de los socialistas chilenos es la concepción de la República Democrática de los Trabajadores, la cual, en palabras del propio Ampuero, tiene dos elementos principales que le sirven de soporte: "uno es la reducción del papel del Estado en el proceso de socialización de los medios de producción; y el otro, la reivindicación humanista del trabajo como factor económico y como supremo valor social". Este último se aparta del modelo que predominó en los países del socialismo real, bajo el influjo de la Unión Soviética. Al respecto, Ampuero señalaba que, para el socialismo, "el rechazo del modelo comunista se extiende tanto a la concepción del Estado como simple instrumento del partido, como a la política exterior de la Unión Soviética". Con ello hace referencia a las condenas que el socialismo chileno realizó a las intervenciones militares soviéticas en Hungría, Checoslovaquia y Afganistán.



Para Ampuero, la democracia es inherente al socialismo. En uno de sus discursos —pronunciado en 1966—, el líder socialista señalaba: “La revolución chilena debería ser la respuesta a cualquier intento de instaurar la tiranía y de abrogar las libertades democráticas; pero debe ser capaz, sobre todo, de proyectarse como un desplazamiento de la democracia formal a la democracia social; de la independencia aparente —avasallada por el imperialismo— a la independencia real; del atraso semifeudal al desarrollo económico. Vale decir, la revolución chilena debemos concebirla como la coronación contemporánea del esfuerzo secular del pueblo chileno para alcanzar la libertad y el bienestar.”

Raúl Ampuero fue elegido Senador por las provincias de Tarapacá y Antofagasta, en 1953. Tiene razón el Honorable señor Bitar, Senador por la Primera Región, al decir que este homenaje también es un reconocimiento a la magnífica labor que este hombre desarrolló en aquellas provincias nortinas.

Desde esta tribuna, su voz defendió con brillo e inteligencia las posiciones socialistas, lo que le valió el aprecio de aquellos cuyos intereses representaba, y el respeto, por supuesto, de sus adversarios políticos.

Ampuero fue un Senador de singular valor por su versación en diversos temas, los que exponía con erudición y sabiduría. En el Senado integró las Comisiones de Obras Públicas, de Defensa Nacional, de Economía y Comercio y Mixta de Presupuesto, desde donde desarrolló una enorme y productiva labor.

Como a muchos otros, el quiebre institucional de 1973 obligó a Raúl Ampuero a salir al exilio. Vivió en Italia hasta 1986, año en que regresa a Chile para incorporarse al viejo tronco socialista. No obstante estar aquejado por una enfermedad, realiza una activa vida de militante, la cual lo llevó —como señalaba el señor Senador que me

antecedió en el uso de la palabra— a incidir en la reunificación del Partido Socialista chileno, proceso que culminó a principios de 1990, y en la redefinición de su línea política y de su visión programática del mundo actual.

Honorables colegas, en nombre del Partido por la Democracia, rindo un sincero homenaje a un chileno ilustre, a un político de profunda vocación, que fue consecuente en la defensa de los pobres de nuestra patria y que luchó con visión de futuro por un Chile mejor, igualitario y democrático.

En nombre de mi Partido, hago llegar a su viuda, señora Hilda Villagrán, y a sus hijos Hernán, Rodrigo y Jorge nuestras más sentidas condolencias.

He dicho.

—(Aplausos en la Sala y en tribunas).

El señor DÍEZ (Presidente).— Tiene la palabra el Honorable señor Ríos.

El señor RÍOS.— Señor Presidente, Honorables colegas, señora Hilda:

Cuando se nos entregó la información de que el Senado rendiría homenaje al ex Senador Raúl Ampuero, el Comité Renovación Nacional me encargó que, en nombre de la colectividad y de la Sala de Senadores, yo expresara nuestra adhesión. Y en esa oportunidad, yo manifesté a mi Comité que mis palabras no corresponderían a un texto escrito. Porque quería referirme con toda sinceridad y franqueza, a algunos aspectos inherentes a quienes comenzamos a tener a muy temprana edad una vida pública, de preocupación por Chile, por su servicio social, por sus doctrinas, por sus esperanzas, por sus sueños y utopías. Y lo hacía y lo hago, señor Presidente, porque entre la juventud de los años 60, cuando observábamos todo el acontecer político y sus principales actores, gran parte de los jóvenes fijamos nuestra vista en la acción de alguien que encarnaba una doctrina que, aunque muchos no compartíamos, encontrábamos en la persona que en ese momen-

to la sustentaba —en este caso el ex Senador Ampuero— dos elementos que eran fantásticos para nosotros y, particularmente, para quien habla: consecuencia y honradez. Estos dos elementos permitían pensar que cualquier expresión del señor Ampuero nunca estaba referida a situaciones meramente coyunturales. Incluso —ésta es una opinión muy personal—, a pesar de ser un hombre típico que vivió todas las revoluciones del mundo contemporáneo y que fue marcado incluso por el propio año de su nacimiento —1917—, conociendo además el acontecer mundial y las revoluciones al interior de nuestro propio país, la palabra “revolución” utilizada muchas veces en sus discursos estaba referida, desde mi punto de vista, básicamente, a la expresión usual que en esos instantes prevalecía en el mundo político. Pero, en la meditación profunda de los acontecimientos que reflejaban su pensamiento sobre materias determinadas, su acción, sus palabras, sus discursos y su pensamiento filosófico profundo siempre estuvieron dirigidos a lo más hondo del ser humano y de la sociedad.

Señor Presidente, cuando yo tenía tan sólo 23 años, recuerdo que después de inscribirme como candidato a Diputado y de ser elegido, en una entrevista periodística en la Provincia del Biobío —hoy de mi región—, se me preguntó sobre los hombres públicos que desearía conocer en el Congreso. Yo manifesté que uno de ellos era el Senador Raúl Ampuero. Pero él dejó esta Corporación en 1969 y yo ingresaba a la Cámara de Diputados ese mismo año. Nunca pude conversar con él. Le envié muchos recados con un hijo suyo que tra-

bajaba en el Congreso. Siempre hubo situaciones políticas complejas y momentos difíciles que impidieron que esa oportunidad se diera.

Señor Presidente, aquí deseo hacer una aseveración con todo respeto hacia el Partido Socialista: en mi opinión, realmente el señor Ampuero fue un socialista de hoy y no de ayer. Fue un socialista que captó y conoció, con toda la fuerza que significa el desarrollo de esa doctrina hoy día en el mundo, cuáles serían los acontecimientos más importantes en que el ser humano iba a ser en definitiva primera figura. Y creo también —me atrevo a expresarlo, porque lo conversamos en la Sala de Senadores de Renovación Nacional— que el triunfo de la postura del ex Senador Ampuero al interior del Partido Socialista seguramente habría cambiado también la historia que Chile vivió en los últimos años y décadas. Es un poco el sentido que tiene la vida de un hombre que es consecuente y honrado y que permanentemente está analizando en profundidad el acontecer de la sociedad en que vive.

Hoy día, nos ponemos de pie para rendir un homenaje a esa consecuencia, a esa honradez, a esa transparencia, a esa persona que fue ejemplo para muchas generaciones y para muchos que, pensando doctrinariamente distinto, vimos reflejado en su acción de hombre público el prevalecer del servicio a la patria y a su Nación ante cualquier otro elemento que pudiera perturbar la enorme responsabilidad que el pueblo le había entregado.

He dicho.

—(Aplausos en la Sala y en tribunas).